



Ricardo Monreal

Infancias en la era digital

Yo recuerdo que el balero y el trompo, hechos de madera y metal, eran nuestros juguetes y compañeros de infancia. Y la sed implacable era lo único que frenaba las risas y las carreras entre amigos de la cuadra —o del rancho, en mi caso—.

Hoy en día, ser niña o niño no es tarea fácil. Expuestos a la conectividad constante, nuestras infancias reciben reconocimiento y gratificación en un clip de 12 segundos o, de la misma forma, pueden ser obligados a borrar sus redes y esperar a que pase el bullying cibernético, que indirectamente ya ha cobrado vidas de muchas y muchos jóvenes en todo el mundo. Esa misma crueldad que otra vez llegaba a mostrarse con el niño nuevo del salón hoy puede multiplicarse por miles en tan solo segundos, potenciando el efecto del acoso escolar a niveles peligrosos.

Ejemplos hay muchos, como los casos de jóvenes que, empujados y empujados a no aceptar su aspecto físico, son arrastrados a dietas y métodos peligrosos, pero que en ese mundo digital se imitan como ideales irreales y muchas veces falsos. Se vive en

una realidad "instagrameable", que se ha convertido en sinónimo de "rentable" o "vendible".

Así pues, hemos cambiado los juguetes y la convivencia uno a uno o en grupos de amigos por fotos montadas, muchas veces rodeados de personas extrañas, en momentos nada auténticos, pero que sirven de "inspiración" para seguidores, quienes hacen lo imposible por sentirse parte de esa misma comunidad.

Hoy, las niñas y los niños pasan horas mirando viajes a Disney y a lugares recónditos del mundo, pues siguen cuentas que realizan ese tipo de contenido. Así, se van generando expectativas muchas veces inalcanzables para sus madres y sus padres, quienes, por ejemplo, lejos de conversar con ellos, se limitan a buscar préstamos, u otras formas igualmente perjudiciales, para cumplirles su deseo, entrando en un círculo difícil de romper. Las y los progenitores también quieren pertenecer al grupo de quienes llevan a su familia a esos lugares "instagrameables", todo ello desde un sentido exclusivo de pertenencia, aunque no siempre se conviva realmente en familia ni se disfruten los viajes o lugares visitados.

Ya no se es feliz con sentarse en un

parque o recostarse sobre el pasto sin necesariamente estar en un lugar "instagrameable". Se necesita continuamente la aprobación de las redes sociales para que haya valido la pena la inversión o incluso la deuda inesperada, con base en el número de nuevos seguidores o likes del reel o la foto publicada.

Todo ello no quiere decir que esté mal viajar o ir precisamente a estos sitios populares en redes sociales —aunque esa popularidad

mañana podría ser asunto del pasado—. El problema es olvidar lo esencial: disfrutar la compañía humana, la convivencia familiar, en las cuales se valoran más la plática y la anécdota que la foto de los alimentos bien adornados por el chef de moda.

Tenemos la responsabilidad de recordar a nuestras hijas y nuestros hijos el valor de una amistad sincera, aquella que no necesita ser popular ni tener cierto número de seguidores; transmitirles que no es de vital importancia ir al lugar de moda y subir todo a redes sociales.

ricardomonreal@yahoo.com.mx

X: @RicardoMonrealA

Fortalecer estos

valores no es una cuestión meramente nostálgica, es también el fortalecimiento de nuestro tejido social. Un tejido social con más valores siempre será más sano y pleno de respeto.